

161

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

ARQUITECTURA POPULAR

DISCURSO

DE

D. TEODORO DE ANASAGASTI

Y CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. MARCELIANO SANTA MARÍA

EL DÍA 24 DE MARZO DE 1929



MADRID

DISCURSOS

leídos ante la

Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON TEODORO DE ANASAGASTI

el día 24 de marzo de 1929



DISCURSOS

leídos ante la

Real Academia de Bellas Artes
de San Fernando

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

DON TEODORO DE ANASAGASTI

el día 24 de marzo de 1929



De propio intento —creándolo, señores Académicos—, de propio intento he querido recogerme a la prórroga tácita que generosamente concede el Realienso para la presentación del trabajo inicial.

Supremo e inestimable honor el que me habéis conferido: repetida y penosa es la memoria que, prodigamente, colma sus aspiraciones; así por su reflexión como por las excusas y encumbradas y grandezas que me precedieron y me preceden.

DISCURSO

DE

DON TEODORO DE ANASAGASTI

¡Vocor! ¡Cebredades! ¡Nombres de Anibal Alvarez, de Cúbar, de Melina, de Lopez Salaberry, que habéis antecedido de gloria esta Medicina Veterinaria! ¡Manos de mi allegado que me la entregáis en depósito! ¡Nominados que, en los años pasados, al traspasar el umbral del caserón de la calle de los Estudios, soñaban ya en la lejanía de la incompreensión, como consagrados e inasequibles!

En la precocidad del juvenilo no cabía, estaba muy lejos de conjeturar que las necesantes imitaciones de las cosas, y el implacable barajar que sepulta cargos y personas, le iban a asir, situándole unos momentos a vuestro lado en esta tribuna.

¡Oyosa y juvenil escolaridad que no medita, que no puede ni quiere considerar que en su fobia, que en sus incorrecciones, que en su ardimiento están el germeo de lo ignoto de la arquitectura del porvenir: los estrados, las cátedras, las direcciones, y hasta el sillón donde pretendéis colocarme!

De propio intento —creédmelo, señores Académicos—, de propio intento he querido acogerme a la prórroga tácita que generosamente concede el Reglamento para la presentación del trabajo inicial.

Supremo e inestimable galardón el que me habéis conferido: reputada prueba de confianza y estima, que, pródigamente, colma mis aspiraciones; así por su refacción como por las excelsas y encumbradas personalidades que me precedieron y aventajaron en valimiento y en eficacia profesional.

¡Honor! ¡Celebridades! ¡Nombres de Aníbal Alvarez, de Cubas, de Mérida, de López-Sallaberry, que habéis aureolado de gloria esta Medalla Académica! ¡Manes de mi allegado, que me la entregáis en depósito! ¡Nominales que, en los años mozos, al trasponer el umbral del caserón de la calle de los Estudios, sonaban ya, en la lejanía de la incomprensión, como consagrados e inasequibles!...

En la prenoción del jovenzuelo no cabía, estaba muy lejos de conjeturar que las incesantes mutaciones de las cosas, y el implacable barajar que sepulta cargos y personas, le iban a asir, situándole unos momentos a vuestro lado en esta tribuna.

¡Divina y juvenil escolaridad que no medita, que no puede ni quiere considerar que en su folía, que en sus incorrecciones, que en su ardimiento están el germen de lo ignoto de la arquitectura del porvenir, los estrados, las cátedras, las direcciones, y hasta el sillón donde pretendéis colocarme!

López-Sallaberry.

¿Qué queréis que os diga de aquella personalidad, que tan inesperadamente fué arrebatada de nuestro lado, a vosotros, que tanto y tan de cerca le habéis tratado?

No es necesario que yo os recuerde que López-Sallaberry era todo efusión y cordialidad; decoro y lealtad profesional; distinción, afabilidad y singular prestancia en la persona y en sus actos.

Inició su carrera de adolescente en la época de las encontradas tendencias medievalistas, del neoplateresco, los clasicistas. Arrastrado por la corriente ecléctica, por la imposición del que ordena, le veréis oscilar, como sus contemporáneos; pero, como madrileño y ferviente madrileñista, su arquitectura más representativa es el barroco de la Corte; que lo desenvuelve y dilata hasta las desmesuradas casas de alquiler, con moderna y peculiar adaptación.

Gran ordenador de los interiores, de las distribuciones, tienen éstas, como concreción de la época, el gran sentido de la vida, de la máxima utilización del solar, del mayor rendimiento económico.

Era un ideo-realista de la Arquitectura.

Gran calculista y constructor, llega en la utilización de la materia, en el racionalismo, a límites inconcebibles. En la cumbre de sus años y de su prestigio, hace que se nos sobrecoja el ánimo viéndole levantar ingentes medianerías de 0,24 de espesor.

Me parece estar viéndole. Muchos de vosotros le veríais también trabajar. No le recordéis sacando las fórmulas de Roundelet, ni las de Redtenbacher, ni los tradicionales gruesos madrileños; ni le habléis del minúsculo ladrillo belga...

No le distraigáis...

Días y días, con ejemplar insistencia, inclinado sobre el

tablero, que permanece desolado, está acariciando los trabajos de una casa: la casa de sus ensueños.

De año en año, a medida que avanza en su gloriosa carrera, se renueva constructivamente. El es el primer propagandista de los modernos sistemas. A él se debe, más que a ningún otro, la adopción, mejor dicho, la exaltación en Madrid, de las fábricas de ladrillo cerámico; la abolición del tradicional mortero craso, de la estructura de las bóvedas tabicadas...

Hoy la albañilería madrileña es galardón del arte constructivo mundial.

Con ladrillo, difícilmente se puede ir más allá. Conceded a los extraños, si queréis, la prioridad en las construcciones ferradas, y aun de las mismas armadas de hormigón; pero...

En los talleres de don Domingo Monasterio, que abarcaban los diferentes ramos de la construcción, adquirió el conocimiento manual, que complementaba con los teóricos adquiridos en la Escuela.

Insensiblemente formóse como aquellos arquitectos medievales, renacentistas, que se adiestraban al pie de las obras.

Razón que explica la perfecta maestría, el absoluto dominio que poseía de todas las particularidades teórico-prácticas de la compleja profesión arquitectural.

Diligente y pródigo en el cálculo del coste de las obras, sus liquidaciones y previsión de rentas estaban acordes con los presupuestos. Por él ¡bien podía estar en vigor la antigua ley de Efeso, que permitía, cuando la tasación del arquitecto no era cierta, tomar de sus bienes el dinero preciso para la conclusión de la obra!

Diseñador exquisito, de la prosapia de Domingo Inza y Miguel Aguado, su afición favorita era el dibujo.

Los encumbrados cargos y las múltiples ocupaciones a

que sus merecimientos le habían llevado, y que a otros les hubiesen envanecido, para él eran motivos de pesadumbre. ¿Por qué? Porque más y más le separaban de su tablero de dibujo.

Dedicó todos sus afanes y entusiasmos a la Urbanización. Este fué su aspecto más popular.

Las apreciaciones que hizo en su discurso de ingreso, hace veinticinco años (a), refiriéndose al caso de Madrid, son temas de actualidad. Con una visión exacta del porvenir, previó la traza de un sistema viario adecuado a los modernos sistemas de locomoción.

Su mejor obra —la menos conocida— son las bases para la reforma del núcleo de Madrid, y el trazado de las principales arterias.

En su mocedad influyó —y solía citar con encomio— *El futuro Madrid: paseos mentales por la capital de España*; estudios hechos en la emigración por A. Fernández de los Ríos, para fomentar el desarrollo de los negocios, acortar distancias, sanear barrios y embellecer la capital.

¡Llor a tan encumbrada personalidad, al excelso artista, galardón de la arquitectura contemporánea!

(a) *Consideraciones acerca de la fundación, desarrollo y reforma de las grandes urbes.*—Madrid, 1904.

ARQUITECTURA POPULAR

Antes, cuando el deber reglamentario, quisiera exponer a vuestra consideración algunas de mis observaciones sobre la arquitectura popular.

De pocos años a esta parte el estudio de nuestros grandes monumentos y uno de los que les siguen en importancia, esta siendo el estudio de la arquitectura popular. Este estudio ha tomado un impulso hacia el exacto de las arquitecturas populares.

Ya cierto que los años y las etnografías de valía. Las arquitecturas regionales, como trajo a los lares y a las populares representaciones de la estirpe, han sido objeto de publicaciones nacionales meritorias.

No puede negarse que lo pintoresco, lo distintivo y personal, lo netamente español, atrae a los estudiosos extranjeros, y que, saciada la austeridad artística en las naciones que se creen primitivas del Arte, la atención se dirige ahora a nuestra patria.

De donde nació esta atención?

Es indudable que la arquitectura colonial fue el vehículo que atrajo a norteamericanos e ingleses, que vinieron a estudiar las características de nuestra humilde arquitectura.

Pero es preciso recordar que los esfuerzos hechos hasta ahora no son más que la iniciación de algunos de sus aspectos.

Ahora, cumpliendo el deber reglamentario, quisiera exponer a vuestra consideración algunas de mis observaciones sobre la arquitectura popular.

De pocos años a esta parte el estudio de nuestros grandes monumentos y aun de los que les siguen en importancia, está siendo bastante acabado. Justo es, pues, si se ha de completar el ciclo de la arquitectura patria, que los esfuerzos se orienten igualmente hacia el examen de las arquitecturas populares.

Es cierto que hay sobre ellas estudios monográficos de valía. Las arquitecturas regionales, como culto a los lares y a las peculiares representaciones de la estirpe, han sido objeto de publicaciones nacionales meritísimas.

No puede negarse que lo pintoresco, lo distintivo y personal, lo netamente español, atrae a los estudiosos extranjeros; y que, saciada la apetencia artística en las naciones que se creían privativas del Arte, la atención se dirige ahora a nuestra patria.

¿De dónde nació esta atención?

Es indudable que la arquitectura colonial fué el señuelo que atrajo a norteamericanos e ingleses, que vinieron a estudiar las características de nuestra humilde arquitectura.

Pero es preciso recordar que los esfuerzos hechos hasta ahora no son más que la iniciación de algunos de sus aspec-

tos aislados. Tras de éstos han de venir la visión del conjunto, el análisis de las características, el origen y evolución de las formas, la rebusca de lo genuinamente nacional, las concomitancias con el arte de otros países, la determinación de las áreas geográficas, y tantas otras cuestiones.

Sus manifestaciones.

Lo primordial del arte popular constituye la vivienda; pero su estudio, aunque fuese completo, no mostraría más que un aspecto de esta arquitectura. Porque le faltarían el análisis de las agrupaciones urbanas, tan diversas según los climas y las civilizaciones.

En el aspecto religioso hay manifestaciones interesantes: como las ermitas, humilladeros, cruceros, enterramientos...

En lo rural, las granjas, los molinos, los hórreos, los pajares, las tenerías, los palomares, los cortijos, las cabañas, las fábricas de salazón, los lagares...

En lo que se refiere a los lugares de esparcimiento y de regocijos públicos, los juegos de bolos, los castros, los reñideros de gallos, las plazas de todo género para fiestas y capeas, los toriles...

En acequias, fuentes, pozos, brocales, albercas, estanques, abrevaderos y norias hay también pruebas de arte noble, gracioso, producto de un espíritu ligero y fuerte, de una fantasía exuberante.

Como igualmente se observan innumerables manifestaciones de vida y costumbres en mesones, calzadas, puentes, empedrados, solerías, escalinatas, murallones, empalizadas, tapias, cierres...

La sorpresa sería grande si todos estos elementos tuviésemos reunidos y estudiados. Porque, acostumbrados como estamos a encontrarlos a cada paso, los miramos con indiferencia, por humildes.

Mas, ¡cuántas pruebas dan de ingenio, adaptación y labor inteligente!

En lo que parece nimio se refleja indubitablemente el espíritu del pueblo, lo pintoresco, lo nacional, lo que persiste a través de los siglos.

Desgraciadamente, lo aborigen, la obra de los tiempos pretéritos, se va mutilando y destruyendo sin conmiseración, sin que basten los clamores más o menos enérgicos, que a veces levantan los estudiosos, los amantes de las tradiciones y los idólatras de la belleza.

En las regiones más apartadas, en aquellas que parece que huyen del contacto del mundo, lo vetusto, lo que se derrumbaba, va siendo reemplazado por sustitutivos de pésimo gusto; así como el intercambio, la rapidez en las comunicaciones, nivela, uniforme y da un tono gris a las regiones más dispares.

Las construcciones regionales, como las vestimentas típicas, se esfuman para no resurgir jamás. Con ellas se borran la fisonomía y la índole de las comarcas, el ardor al trabajo local y las prácticas milenarias.

Por otro lado, los productos industriales, las piezas en serie, las tejas, los ladrillos, los hierros laminados, la fundición, las baldosas y azulejos de catálogos, y la carpintería mecánica, imponen tipos con una fatigante monotonía en las construcciones de nuestros días. Y no hay que olvidar que los reglamentos de todo género, las ordenanzas centrales y municipales, infligen dimensiones, prescriben formas y pretenden metodizar lo desemejante.

Las viviendas populares se abaten tristemente, sustituidas por un tipo que se ha impuesto en lo que va de siglo: planta rectangular, cubierta de teja plana, dos pisos, tres o cuatro huecos en el bajo, otros tantos en el alto, perfectamente iguales, aplomados y equidistantes. En lugar de la gran solana, unos raquítricos balcones de hierro o de cemento.

¡El cemento! Material excelente, al que la construcción debe un gran impulso. Mas, ¡cuánto hay que motejar al mal empleo que de él se hace; tales como los consabidos estucos, las imitaciones de piedra— aun donde abunda la natural—, la indefinida y fatigosa repetición de formas anodinas!

Del cemento han hecho el material de las añagazas, la excusa para defenderse del mal gusto y la tapadera de la baratería arquitectónica.

Hasta los mismos materiales modernos, resistentes y duraderos, son antagónicos con la esencia de la arquitectura popular; pues evitan los asientos, las irregularidades espontáneas y el temblío.

Las dos tendencias.

En el desenvolvimiento de las arquitecturas hay dos tendencias diversificadas y opuestas: una, constituye el acervo nacional, lo indígena, la que podríamos llamar índice propio del país; la otra es la corriente internacional, lo solemne, la gran evolución de los sentidos históricos.

El sentimiento artístico ancestral de un pueblo, a medida que la civilización avanza, desaparece de las grandes urbes, y amedrentado se refugia en los lugares apartados, en el campo.

Con frecuencia la sombra de los grandes monumentos suele obscurecer y menospreciar el valor del burgo.

El ejemplar magnífico suele ser, no pocas veces, lo exótico, el capricho de un potentado, la producción de un artista extraño al país. Y lo inmutable, la obra de todos, lo que se perpetúa a través de los tiempos y estilos pasajeros, se esconde en las callejas, en la gleba.

No se nos oculta que los grandes estilos históricos influyen en cierto modo en el desenvolvimiento de las arquitecturas humildes; pero sin modificarlas hondamente. Y queriendo encasillarlos en los períodos establecidos, suele tomarse como fundamento, más que la esencia, la interpolación de algún detalle ornamental o accidente dispositivo, la forma de los huecos en particular. Sin tener en cuenta que lo genérico, la agrupación general, la estructura, el ritmo de sus fachadas permanece invariable y dissociado de las mutaciones accidentales.

A veces el aprovechamiento de elementos y materiales antiguos —huecos, columnas, modillones, escudos— suele inducir a errores en la apreciación estilista y cronológica. Y las adaptaciones libres e ingenuas de elementos aprovechados son de un infantilismo atrayente, expresiones dialectales.

Caracteres.

La índole de la arquitectura popular es la simplicidad y modestia. Ingeniosa, libre, llena de vida y vigor inventivo, varía en soluciones y acomodada a las necesidades, es la más humana.

Producto climático, sometida al ambiente, adaptada topográficamente al lugar, levantada con materiales de la región, es un producto natural y morfológico del medio.

Racional en el empleo de los elementos, sincera y verídica,

su exterior, que surge sin preocupaciones, manifiesta el destino.

Labor colectiva y anónima, obra permanente surgida por la depuración y aleccionamiento del tiempo.

Ajena a las mutaciones transitorias, es la supervivencia del gusto y tradiciones seculares, la expresión arquitectónica inmanente.

Es lo normal, lo ingénito, la serenidad arquitectónica.

El constructor popular.

Para el constructor popular que persigue la conveniencia, lo secundario es el bien parecer.

Sin prejuicios, sin estar cohibido, dispone cualquier solución provechosa, sin pretensiones de hacer arte.

En la historia de la arquitectura diríase que éste, el Arte, aparece cuando no se le persigue a ultranza.

El constructor modesto no vacila en abrir un hueco pequeño al lado de un gran ventanal, en añadir un cuerpo disforme a un conjunto, ni en adoptar formas que no son consustanciales con lo principal ni con lo contiguo.

Parece como que huye del Arte, y que el Arte no le abandona jamás.

Produce lo bello como autor inconsciente.

Huye de la decoración cara, de lo superfluo, de lo superpuesto, y los motivos ornamentales los obtiene directamente sobre el elemento constructivo —recortes, tallas, esgrafiado, etcétera.

Suprime lo dispendioso, lo que considera que no es absolutamente preciso: así los cielorrasos, dejando la viguería al descubierto, y el guarnecido en los entramados.

No posee más sentido proporcional que el de la comodidad y el patrón humano.

Las relaciones abstractas de los elementos entre sí para él carecen de significación.

No traza planos; le bastan unas rayas hechas en el terreno, en una losa o en una tabla. Levanta y dispone en el sitio, como el escultor modela. Y las dificultades que surgen imprevistas, las resuelve en el instante con desembarazo que anada al que no se halla convenientemente iniciado.

Supervivencia de formas.

A los parajes apartados —que en nuestro país son muchos— llegan tarde y débilmente las influencias arquitectónicas. Se mantienen sin contaminarse, y cuando a ellos se acercan las innovaciones, en los centros difusores hay ya otras formas en boga.

A la circunstancia de su apartamiento hay que añadir la carencia de recursos económicos y la limitación de los materiales constructivos, que influyen poderosamente en el mantenimiento de las estructuras.

El que carece de medios o no tiene los necesarios, mal que le pese, aunque le atraigan las innovaciones, seguirá apegado a lo vetusto, que, a lo más, remendará como le sea factible. Precisamente, porque los cambios requieren la aportación de mano de obra exótica y un despilfarro de tiempo de aleccionamiento.

Las maneras locales, cuya supervivencia se debe a una larga selección económica de conveniencias y aptitudes, con dificultad se desplazan, mientras no varíen las circunstancias. Todo lo que sea alterar la quietud, el recato y los medios de existencia de los lugares, es funesto para la arquitectura indígena.

La creación de un centro de riqueza —una mina, un bal-

neario, una base de aviación, etc., etc.— descasta rápidamente lo típico.

Las aportaciones generosas de los emigrantes e indios sirven para relabrar la iglesia, sustituir los altares, relegar al olvido viejas imágenes y construir arrogantes edificios de otro género.

Sin negar la buena fe de los donantes, ha de anotarse el daño.

En la región cantábrica hay no pocos ejemplos de esta naturaleza.

La vida de una población al desplazarse, dejando de ser murada, por ejemplo, arrastra consigo los núcleos urbanos con la preterición de lo añejo.

Medios de conservación.

Si las causas de corrupción son las señaladas, ¿habrá que oponerse, para sustentar lo genuino, a que los pueblos adquieran nuevos elementos de vida?

Vana sería la pretensión; mas se ha de reclamar que la conquista de las ventajas materiales, en lo posible, no sea obstáculo para la conservación del folklore, sino que sirva para su exaltación.

Lo que, como todo lo humano, tenga que ser perecedero, que no desaparezca ni se apague sin dejar huella, cuando menos cultural.

La adquisición de un inmueble modesto y típico, para destinarlo a un servicio o menester cultural, no suele ser costosa.

Las fiestas regionales, la ponderación, propaganda y reproducción gráfica —monografías, fotos y postales—, el ejemplo de las clases pudientes y entidades, la acción tutelar de los organismos públicos, toda la sagacidad es precisa para excitar la comprensión y el amor de los naturales del país.

Porque la salvaguardia de lo que es consustancial con la región, hay que encomendársela a sus habitantes, más que a las mismas leyes; siendo la exaltación por lo aborigen su defensa más eficaz.

El ambiente.

Las obras de arte, no bastándose a sí mismas, no viven aisladas. Las arquitectónicas, especialmente, están subordinadas al paisaje circundante, bien sea el de la Naturaleza, o el formado por las construcciones, que son su complemento o prolongación normal y pictórica.

El alcance y valor del ambiente, lugar común tan familiar a los artistas, no lo era para aquellos cuya visión no se remontaba más allá que el contorno de la edificación.

El ambiente en las arquitecturas tiene a veces un alcance que suele sobrepasar al valor mismo de los núcleos, que perderían su encanto, situados en distinto ambiente.

El emplazamiento del Parthenón vale tanto como el Parthenón mismo.

Reformas mal aconsejadas.

A mediados del siglo pasado hábiles disecadores comenzaron a liberar los monumentos medievales de las pintorescas construcciones parásitas, que los enaltecían y daban valor, siquiera por ley de contraste.

Quatremère exclamaba: “¡Hay que desobstruir los monumentos!”

Destrozando las plazuelas irregulares y angostas, propias para la contemplación ascendente de las arquitecturas espiritualistas, abrían amplios espacios que las disturbaban.

El mal orientado afán de modernización, adcentamiento y mejora, la malquerencia a lo vetusto y las necesidades urbanas, muchas de ellas ficticias, suelen ser los malos consejeros de las nefastas reformas.

Ninguna arquitectura indígena desentona con el paisaje circundante. Levantadas con los materiales que tienen a su alcance, el mimetismo es cabal. La construcción es un accidente más del terreno, una prolongación de su morfología y coloración.

Cuando no es cabal, los elementos naturales, refractarios a las desarmonías, patinan las piedras y las maderas, desvanecen las tintas, quiebran lo puntoso y modelan las desigualdades.

La vegetación —musgos, líquenes, trepadoras—, incorporada a la construcción, con gran sentido decorativo, es su mejor aditamento.

Cuando el terreno es accidentado, no se desmonta, apenas se le acomoda; su irregularidad disloca las construcciones, altera su ritmo consuetudinario, modifica las alturas, los accesos y el reparto de huecos.

Las rampas, las escalinatas, los muros de contención, los puentes, dan valor plástico al terreno.

Pueblos de fisonomía propia son accidentados: Arcos de la Frontera, Avila, Betanzos, Granada, Ronda, Toledo...

Arquitectura ingénita.

Como las construcciones populares, se extinguen también las denominaciones empleadas en las regiones por maestros y obreros. Denominaciones que son sustituidas por las que impone el técnico.

Que las prácticas constructivas se importan siempre con

denominaciones originarias, compruébase a diario en el ejercicio de la profesión.

Un cuestionario gráfico que se enviase a las regiones, facilitaría su acopio; y si las respuestas se completasen con la descripción de los usos constructivos, mejor aún.

Su análisis, conjuntamente con el estudio técnico, facilitaría la exploración de los vestigios y determinación de las influencias.

España, caudal de arte.

El que nuestra nación no haya germinado ninguno de los grandes estilos, no quiere decir que toda nuestra cultura arquitectónica haya estado sometida a influencias extrañas. Si la dependencia existe en lo que atañe a los estilos históricos, pocos países pueden presentar un arte ingénito como el nuestro, tan vario y tan copioso.

Caudal espléndido, de un vigor creador tal, que supo matizar con caracteres propios, con sello personal las influencias exóticas.

El ingenio arquitectónico de nuestro pueblo, su originalidad e inventiva, es algo inconfundible y digno de mención especial en las manifestaciones culturales de la Humanidad.

Mas hay que reconocer, con tristeza, que nuestros pueblos se van descastando; que sus costumbres y sus manifestaciones más espléndidas van desapareciendo con extremada rapidez.

Y es de lamentar la preterición de lo añejo, la desaparición de lo genuino, cuando nos damos perfecta cuenta de que la conservación y el estudio de la arquitectura popular, en todas sus múltiples y variadas manifestaciones, es materia substancial en la historia artística de España.

HE DICHO.

Nació en Madrid el 16 de diciembre de 1818. Muy joven, a los diez y siete años, ingresó en la Escuela de Arquitectura de Madrid. La afición con que seguía la carrera y el gran aprovechamiento le valieron un diploma, y que tres años después el Estado, a propuesta de la Escuela, le remitió para realizar estudios en la Exposición Universal de París de 1853, juntamente con su compañero don Ricardo Velázquez, a quien le unió fraternal

NOTAS BIOGRÁFICAS

Durante la celebración del centenario de Calderón de la Barca, la Sociedad Central de Arquitectos premió sus trabajos con medalla de plata.

ILMO. SR. D. JOSÉ LÓPEZ-SALLABERRY

Terminó su carrera en 1841, y cinco años más tarde ingresa al servicio del Ayuntamiento de Madrid, cargo que desempeñó sin interrupción hasta su muerte. Comenzó siendo Jefe facultativo del Servicio de Incendios que, bajo su dirección, recibió un gran impulso; fué arquitecto de Cementerios, Ayudante Jefe de Sección, Director de la Gran Vía y Arquitecto decano.

Sus mayores actividades y entusiasmos los dedicó a los cargos municipales, patricizando el amor a Madrid y el conocimiento perfecto de sus problemas arquitectónicos, en especial los urbanísticos.

Excelente diseñador, estuvo al frente de una Academia preparatoria de Dibujo para el ingreso en la Escuela de Arquitectura y más tarde fué nombrado profesor auxiliar interino de la clase de Copia de Dibujo de Conjuntos de este centro.

Franco en la expresión de sus ideas, recto en sus juicios y resoluciones, laborioso y asiduo en el desempeño, ejerció cargos de jurado en Exposiciones, Tribunales y Justas. Perteneció a la Comisión ejecutiva del Monumento a don Alfonso XII en el Retiro y al patronato de la Escuela de Reforma de Santa Rita de Carabanchel.

Nació en Madrid el 16 de diciembre de 1858. Muy joven, a los diez y siete años, ingresó en la Escuela de Arquitectura de Madrid. La afición con que seguía la carrera y el gran aprovechamiento le valieron un diploma, y que tres años después el Estado, a propuesta de la Escuela, le pensionase para realizar estudios en la Exposición Universal de París de 1878, juntamente con su compañero don Ricardo Velázquez, a quien le unió fraternal amistad, y bajo la dirección del ilustre profesor don Miguel Aguado.

Durante la celebración del centenario de Calderón de la Barca, la Sociedad Central de Arquitectos premió sus trabajos con medalla de plata.

Termina su carrera en 1881, y cinco años más tarde ingresa al servicio del Ayuntamiento de Madrid, cargo que desempeñó sin interrupción hasta su muerte. Comenzó siendo Jefe facultativo del Servicio de Incendios que, bajo su dirección, recibió un gran impulso; fué arquitecto de Cementerios, Ayudante Jefe de Sección, Director de la Gran Vía y Arquitecto decano.

Sus mayores actividades y entusiasmos los dedicó a los cargos municipales, patentizando el amor a Madrid y el conocimiento perfecto de sus problemas arquitectónicos, en especial los urbanísticos.

Excelente diseñador, estuvo al frente de una Academia preparatoria de Dibujo para el ingreso en la Escuela de Arquitectura y más tarde fué nombrado profesor auxiliar interino de la clase de Copia de Dibujo de Conjuntos de este centro.

Franco en la expresión de sus ideas, recto en sus juicios y resoluciones, laborioso y asiduo en el desempeño, ejerció cargos de jurado en Exposiciones, Tribunales y Juntas. Perteneció a la Comisión ejecutiva del Monumento a don Alfonso XII en el Retiro y al patronato de la Escuela de Reforma de Santa Rita de Carabanchel.

Fué Inspector de la Junta de Construcciones Civiles del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes.

Dirigió un sinnúmero de construcciones públicas y particulares. Una de sus primeras obras fué el teatro Campoamor de Oviedo, que proyectó en colaboración con el arquitecto señor Busto, y en los últimos años de su vida el teatro Fontalba, con las casas anexas.

Escuelas y edificios municipales de diverso género. Entre multitud de casas merecen citarse las del Conde de Godó en la calle Montalbán y Plaza del Callao, la del Marqués de Linares en la calle Lista, la número 121 de Fuencarral y la número 14 de la Avenida de Pí y Margall.

Se encargó de la dirección de las obras del Casino de Madrid, que fué proyectado por un arquitecto francés.

Se distinguió por sus trabajos de urbanización. Mencionaremos los proyectos de ampliación de la Glorieta de la calle Carretas, Plaza de Santo Domingo y Puerta Cerrada. Un trazado de prolongación de la Castellana y la plaza de América en el lugar ocupado actualmente por el Hipódromo; la regularización de la calle del Desengaño, la prolongación de la del Clavel hasta Fernando VI y la traza de una red viaria dentro del casco de la población, sistema adecuado a las modernas necesidades. El traslado de la fuente de la Cibeles, desde la entrada de Recoletos al lugar que hoy ocupa, idea que fué muy combatida porque se temía la destrucción del monumento, fué llevada a cabo con un acierto y maestría insuperables.

Culminan sus conocimientos urbanísticos en el "Proyecto de la Prolongación de la calle Preciados y enlace de la Plaza del Callao con la calle de Alcalá", conocido vulgarmente con el nombre de "Gran Vía", obra de sus afanes, a la que debió su consagración como urbanista.

Su elevado ideario artístico está esparcido en las innúmeras memorias de los proyectos, informes y dictámenes de todas clases. Perteneció más de veintidós años a esta Real Academia, donde perduran pruebas de la competencia y laboriosidad de tan eximio artista.

Estaba condecorado con la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso XII, y al final de su vida con la Medalla de Oro del Trabajo; se le otorgaron honores de Jefe Superior de Administración y era Caballero de la Legión de Honor.

Fué elegido Académico de número en esta Real Academia en la vacante producida por fallecimiento del excelentísimo señor don Lorenzo Alvarez Capra, e ingresó el 22 de mayo de 1904, leyendo un notable discurso titulado: "Fundación, desarrollo y reforma de las grandes urbes."

Ocupaba el cargo de Presidente de la Sección de Arquitectura cuando falleció, en Madrid, el 22 de junio de 1927.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MARCELIANO SANTA MARÍA

Discursos Académicos.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. MARCELIANO SANTA MARÍA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Una gran incertidumbre pesa sobre mí en este instante, y la preocupación, llena de inquietudes, hierve sordamente en el ánimo, entorpeciendo la facultad de hablar. No obstante, rasgando velos cohibitivos, me asomo una vez más al campo de la disertación, y otra vez, asimismo, procuro orientarme al comenzar la tarea.

Para ello, el espíritu propiciatorio que por naturaleza mantengo, inquiere rumbos de iniciación, senderos que iluminen la marcha, y desde luego descubro que, el más llano de todos, el más claro y noble es el de vuestro valimiento, y por él me encamino, fiado en la virtud del recurso. Es, por tanto, el favor académico el remedio eficaz que pretendo, y alentado con él, me apresto a cumplir la misión encomendada.

Pocas veces mi pluma rasgó con tanto ahinco como ahora, ni sus puntos acerados cedieron tanto al vivo impulso de mi corazón. Las letras y las palabras, acentuadas con vigor, tenderán a expresar admiración y afecto; pero tal vez quede incumplido el deseo, porque mi verbo no revelará suficientemente el cariño que profeso al nuevo académico. Sin embargo, conformaré frases de subido valor afectivo, que reflejen cálida satisfacción, y, ya que no alcance otra, ésta de inclinarme hacia Anasagasti, ahuyentará la zozobra que me embarga, y la llamarada de alegría que invade mi ser encenderá las palabras que he de dirigir a tan respetable auditorio.

Conozco a Anasagasti desde niño; era poco medrado de cuerpo todavía, cuando vino por primera vez a mi casa. Lo trajo Benito Barrueta, paisano suyo, joven de excelente facultad artística, que quiso iniciar a Teodoro; y juntos, con noble estímulo, trabajaron en mi taller, no tardando en sazonar el fruto del esfuerzo que iba coronando la labor de los dos muchachos vascos. Pintor uno, y futuro arquitecto el otro, comenzaban a subir los peldaños del arte. ¡Sueños de rosa que les conducían al altar del genio, para gloria de Bermeo, pueblo natal de ambos camaradas!

Desde aquellos días, siempre que veo a Teodoro, me figuro al ilustre bermeano —que descende de raza de marinos— con los ojos clavados en la lejanía, el cabello enmarañado por la ventisca, con un pie sobre el cordaje, dispuesto a resistir las tempestades del indomable Cantábrico... Me le imagino en la misma forma que los griegos representaban a Poseidón y a los marinos y pescadores que poblaban su reino. Continente circunspecto que adoptó Anasagasti ante los torbellinos de la vida.

Permitidme estas lucubraciones de honda entraña sentimental, algo pueriles, si queréis; pero son añoranzas de mozo, borbotones de un alma que reverdece al calor de días felices; rescoldo de tiempo lejano, que atropelladamente resucita con brillo de remembranzas; sobre todo, aquella del taller que tuve en la carrera de San Jerónimo, donde vivía Sagasta.

Algunas veces mis discípulos cruzábanse con don Práxedes en la escalera, y afablemente, el esclarecido jefe de los liberales, que ya lindaba en el final de su carrera política, conversaba con los muchachos que salían del trabajo, pidéndoles alguna cuenta de sus progresos. La voz de Sagasta, prudente y sencilla, causaba impresión en el alma de los jóvenes artistas, y Teodoro, el más joven de todos, solía escribir a su casa refiriendo satisfecho las palabras

del político que por entonces presidía el Consejo de Ministros.

¡Qué gran verdad es la de que se goza acariciando recuerdos! Y ¡qué sausfacción produce el comentarlos!

Por aquella misma época, después del temido examen de Estatua, ingresaban en la Escuela de Arquitectura Anasagasti, Salvador y Carreras, Ferrando y algún otro compañero de estudio. Fecha algo borrosa para mí, que comienzo a declinar, mientras estos alumnos míos viven en plena granazón de sus actividades.

Desde entonces, desde aquella germinación juvenil, no interrumpió Anasagasti mi trato, ni hubo paréntesis en nuestra amistad, aun después que aprobara en la Escuela los dibujos. Durante algunos años siguió frecuentando el estudio, donde dibujaba del modelo vivo; circunstancia que permitía vernos a diario y comentar impresiones de arte; y nunca se enturbió el natural y bien ganado afecto de maestro y discípulo.

Por fortuna, cuajaba en los alumnos de entonces esta entrañable condición del respeto afectivo, compatible con el progreso. No era, como hoy, letra muerta en el aprendizaje, que, por temor a la zaga, necesariamente ha de ser desdeñoso y descaradamente hostil al maestro.

Interesa consignar esta fase cordial del neófito, que supone reverencia hacia las canas, ya que el nuevo compañero respeta las de su profesor.

Sin embargo, se le ha tildado a Anasagasti de rebelde y severo. Especie lanzada, sin duda, por quien no lo conoce. Porque el nuevo académico aloja dentro de su contextura vasca, eminentemente varonil, un carácter leal y franco. Por eso las fórmulas sociales no hallan cobijo en su pecho, siempre abierto a la sinceridad.

Este es el compañero de ahora. Este es el que al llegar a la Academia, sigue todavía llamándome maestro. Noble impulso que agradezco; alta merced que estimo como presea

de valor, importándome aquí un paso del recipiendario dado en los primeros días de su profesión, y que prueba a las claras cuánto acabo de exponer.

Al terminar su carrera el nuevo académico, vino a consultarme si creía oportuno el plan a seguir una vez en posesión del preciado título de arquitecto; de esa honrosa y brillante profesión que une en abrazo fraternal la Ciencia y el Arte. Yo, sin vacilar, hube de indicarle la conveniencia de conocer nuestro suelo, y con él la actividad de los de antaño, las maravillosas construcciones que el solar patrio sustenta, y, aceptando el consejo, se dispuso a caminar por España. Realizó viajes que le sirvieron para estudiar los monumentos, saboreando bien el patrimonio artístico. Esas gloriosas construcciones románicas, ojivales, renacentistas, piedras históricas gloria de nuestro pasado, y que tan firmemente proclaman el genio y poderío de la raza, testimonio perenne de cultura pretérita que nunca debemos desdenar.

También sirvió a Teodoro este viaje para ponerse al habla con la Arquitectura popular, de la que hoy, con magistral suficiencia, nos da cuenta en su discurso.

Después de esta completa y compleja visión de España, se trasladó a su pueblo, donde ocupó el cargo de arquitecto municipal. Allí, con construcciones modestas y alguna importante, como el panteón de la familia Erezuma, en Mundaca, inició su profesión, aprendizaje sencillo, el de los escasos presupuestos, el más fructífero, tal vez, medio técnico, medio obrero.

¡Qué aprendizaje! Con frecuencia me daba cuenta de sus planes, de sus ilusiones, y aún recuerdo una carta suya, allá por el año 1908, llena de amargura. Había terminado la construcción de una casita, y ya estaba levantando otra. ¡Dos casas en pocos meses! ¡Qué porvenir risueño para un arquitecto a los veinticinco años! ¡Ah! Pero un pleito fatal, sugerido más que por la razón por las inquinas del pueblo,

se ensañó en la casita de las *Chirloras*. ¡Un interdicto de recobrar luces, que no prejuzaba la cuestión de derecho, derribó implacable la obra de sus afanes!...

Vi vacilar, amargado, al muchacho. Temí que se hundiera, sin remisión, por el destino cruel, Mas, pronto, como antes os decía, reaccionó en la ventisca, y con el pie sobre el cordaje, abandonó tanta miseria. ¡Al diablo los afectos que atan! ¡A recorrer el mundo! ¡A abrirse otro camino!...

La *Gaceta* anunciaba oposiciones para pensionado de Arquitectura en la Academia española de Bellas Artes de Roma. Y a Madrid volvió sus pasos, decidido a ganarlas, a todo trance.

Y ¡oh sarcasmo de la realidad, que se ríe del ímpetu del jovenzuelo! Había dos plazas y un solo candidato: él.

—¡Esto es vergonzoso! —dice, y quiere volverse atrás—. Pero ¿adónde? ¡Lo que nadie ansía, no puedo apetecerlo yo! —añade...

Le contienen; le contengo.

—¡Adelante! —le digo, imponiéndome por primera vez en mi vida de preceptor—. ¡Adelante!...

Adelante fué, y ya veis dónde ha llegado.

Interesantes son sus obras; que yo no las ensalzaré, como allegado doctrinal; pero sí he de decir que es el hombre a quien la vida profesional le ha traído sinsabores como a pocos, aunque la Providencia, que pone el remedio junto al mal, le dotó de un envidiable y recio temperamento, de una intrepidez afrontadora, de una firmeza que encuadra perfectamente en la obstinación vasca.

¡No hay que decir que el oleaje no le sepultó! ¡Que el pleito aquel se ganó al cabo de diez años, y que la casita de las *Chirloras* renació de sus escombros leguyescos más alta aún!

Su designación en las oposiciones para Roma fué bien acogida por todos; habiendo oído yo a nuestro inolvidable compañero Lampérez, que era del tribunal, refiriéndose a la

actuación de Teodoro, “que había ganado una plaza, pero que, por el mérito de sus ejercicios, bien merecía las dos”.

La pensión tan gallardamente lograda, permitió al nuevo académico trasladarse al extranjero, lleno de prestigio, que el tiempo ha ido robusteciendo. Estudió en Italia, Francia, Bélgica, Holanda, Austria, Alemania y otros países, viviendo en ellos durante su pensionado.

En este período de tiempo, como elocuente prueba de sus actividades, envió a la Exposición Nacional de Madrid (1910) un bello proyecto de arquitectura, que tituló *Cementerio Ideal*, sugestiva obra de arte, llena de sentimiento y justamente adecuada al carácter exhibitivo de los certámenes artísticos. La espiritualidad melancólica de aquel trazado afectó hondamente a la ideología española. Era la copla eternamente sentimental que, como bordón de guitarra, llora para calmar la pasión. Era grito de dolor que exhala el alma del pueblo; un quejido meridional. Por eso aquellos dibujos de Anasagasti causaron tanta impresión en el público que acudía al Palacio de Bellas Artes. Medalla de Oro valió su proyecto; el jurado le otorgó tan alta recompensa conforme con la opinión general, que admiraba al arte sublime de aquella traza. ¡*Cementerio Ideal*! ¡Mansión de soledad magnificada por el Arte! Contemplarla, infunde consuelo al que resignadamente ve el fatal lugar de reposo. Las sutiles líneas dibujadas por Anasagasti calmaban el dolor apesadado de lo incierto y el tono de la obra ayudaba al adormecimiento de la fibra dolorida; algo así como un bálsamo cristianamente aplicado, o también, como el bisturí manejado con destreza, que penetra sin sentir... ¡Aquella maravillosa arquitectura velaba la triste realidad del yacer eterno!

Desde tan memorable actuación goza Anasagasti de glorioso renombre, no sólo entre los artistas, sino en otras esferas de la cultura española; siendo notoria su fama de hombre pensador y genial, claramente demostrada en su discurso de hoy, engalanado con ideas de marcado acento popular.

Anasagasti es igualmente conocido en el extranjero, donde alcanzó señalados triunfos; uno, de universal resonancia, fué el Gran Premio otorgado por arquitectos, todos ellos extranjeros, en la Exposición Internacional de Arquitectura celebrada en Roma, en 1911; siendo su gran Medalla de Oro una de las seis que se adjudicaron a todas las naciones.

Está en posesión de otras Medallas: la de Plata, en Leipzig, en 1913; el Gran Premio de la Exposición de Panamá, en 1916, más otra, de Oro, alcanzada en compañía del ingeniero don Rogelio Sol, con el proyecto de extensión de la zona SO. de la ciudad de Oviedo.

Es catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

Ha construído numerosas obras privadas, ha hecho proyectos de Urbanización, la Casa de Correos de Málaga, y multitud de teatros y cinematógrafos —cinco de ellos en Madrid—, a los que ha impreso un sello peculiar de modernidad y feliz adaptación.

Publicista, conocedor de la pedagogía, es autor de un libro titulado *Enseñanza de la Arquitectura*, y colaborador en revistas profesionales.

Su dibujo es hábil, claro y contundente. Se dedicó a la Litografía, y ha asistido y concurre en la actualidad a las clases de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, llamando la atención de sus condiscípulos los obreros, a quienes les extrañaba que un hombre de su alcurnia intelectual y de sus méritos oficiales, se sentase de oidor en sus bancos y adorase la prensa de tirar pruebas.

Ha presidido la Sociedad Central de Arquitectos; es correspondiente del Instituto Arqueológico Ibero-Americano de Atenas, y Caballero de la Corona de Italia, por méritos como delegado en la Exposición Retrospectiva de Roma, en 1911.

Anasagasti es hijo político de López-Sallaberry, el bue-

no por antonomasia, caballero y digno hasta la exaltación; tanto, que se esforzó en que nuestro nuevo compañero no ingresara en la Academia mientras él viviera, a fin de evitar suspicacias; por ocupar el cargo de Presidente de la Sección de Arquitectura. Y ha sido precisa la dolorosa muerte de Sallaberry para que su allegado entre en la Corporación; pues, como nos decía:

—¡Tiempo tendrá para venir aquí!

El destino hace que Anasagasti reciba la misma Medalla que tantas veces contempló en la casa de aquel gran arquitecto.

Y aquí habría terminado la oración de bienvenida y saludo al recipiendario alabando el tema de su discurso, ya que es el primer acto corporativo que realiza. Pero es costumbre académica glosar las opiniones sustentadas por el neófito a las que sólo como nota amistosa, agregaré dos palabras.

Clara como el alba es la emoción que produce la Arquitectura popular; siendo también silenciosa como aura que besa el sembrado; humilde como sesteo de ovejas enracimadas junto a un árbol. Así vemos las casitas blanquear bajo la torre de la Iglesia, así el rollo que se yergue en el camino, así el olmo pomposo, eterno centinela de la Casa Consistorial.

Contemplar estos horizontes engendra sosiego que borra las inquietudes ciudadanas.

La construcción sencilla cruzó rápidamente por la urbe populosa para acurrucarse en las aldeas al abrigo de su nativa ingenuidad; por eso florece sola como el cardo en el páramo. Es, asimismo, la arquitectura del pueblo amapola fogosa que esmalta el trigal; es tomillo que a pesar de su minúscula apariencia aroma el pecho fatigado del caminante. Es, en suma, el espíritu de un mundo infantil que nos deleita con sus plazas, sus calles de áspero acceso, sus mesones y portaladas. Sin embargo, el viaje frecuente a la ciudad la co-

rrompe y esteriliza, comenzando a decrecer. ¡Cuántas veces ante mi caballete de campo oí palabras de repelo hacia el propio hogar. “Mira —decía un zagalejo a otro que le escuchaba—: está pintando las casas más feas del pueblo; ¡qué diferentes a la del veterinario!”, que era una construcción anodina con tufo exótico, remedo de chalet biarrota en plena Sierra de Gredos.

La Arquitectura popular se mixtifica insensiblemente, se enfría con el color del cemento, perdiendo aquel rubor natural que delataba pureza.

Los espíritus dispuestos para estos goces son escasos. Anasagasti, que lo posee, nos incita con sus doctrinas a caminar por el mundo, buscando elementales producciones del genio. Para lograrlo nada hay mejor que el automóvil que nos coloca frente a las perspectivas rurales, envueltas en sentido misterioso.

La última palabra del Turismo será seguramente la de visitar aldeas de construcción simplicista, ya que en la ciudad, ante el lucro del capital invertido, irá desapareciendo la Arquitectura de rango, que sólo alcorniará construcciones oficiales. La vivienda pública, las casas de vecindad no tendrán otra altura de miras que la desmesurada de sus paramentos.

¡Cómo admitir parangón estético entre un rascacielos monótono y frío y una casuca señorial de la Montaña! En el primero triunfa la materia y en la segunda el espíritu de humana intimidad.

No quiero abusar más de vuestra paciente atención, y hago punto, cumpliendo antes el deber de saludar a la Sección de Arquitectura de esta Real Academia, integrada por ilustres varones que habrían cumplido lucidamente la misión de contestar al compañero; pero en la grandeza de ánimo de nuestro digno Director pesó seguramente, al encomendarme esta tarea, el privilegio de ser yo el viejo mentor de Teodoro; único patrimonio de que puedo vanagloriarme.

HE DICHO.

